

tienen la dignidad papal; ha abierto sus campiñas al arado de los monges y sus escuelas á la ciencia del clero romano. Los viejos muros de Oxford han oido á los mas célebres doctores del anglicanismo hablar allí de Jesucristo como la antigua Iglesia; han visto el retiro de muchos de ellos que han pasado de la cátedra á la humildad de una celda para rezar el oficio al estilo de los religiosos y pedir al pié del crucifijo, la vuelta de su alma y de su pais á la antigua fé de los Anglo-Saxones. Capillas católicas y aun catedrales, han salido brillantes de la tierra de proscricion, y Jesucristo se ha paseado en triunfo con sus obispos y sus presbíteros en las calles por donde las piedras y la espada lo habian perseguido. La Inglaterra, en fin, se ha sustraído á la incredulidad, ella que habia sido la primera en cubrirla con la proteccion de sus loores y sus hombres de talento.

Si miramos en seguida la Francia, sin duda observaremos en ella con la misma plenitud los signos de una conversion á la fé. Entre tanto, ninguno de vosotros, instruido de lo pasado y de lo presente dejará de comparar las dos situaciones. En el último siglo, la incredulidad era dueña absoluta de los entendimientos; ella sola tenia la pluma y llevaba la palabra con elocuencia; sus libros eran acontecimientos públicos, sus grandes hombres caminaban al igual de las antiguas familias de la monarquía, y mantenian correspondencia familiar con todos los reyes de Europa; una conjuracion ruidosa y sin contrapeso alzaba hasta el cielo toda clase de injurias contra Jesucristo. Como estamos, Sres., á la hora en que os hablo? No tiene Jesucristo entre nosotros sus escritores, sus oradores, su partido, su juventud, su gloria, y si la incredulidad subsiste, no sabemos hacerle bajar la cabeza, y marchar penetrados de la fuerza de nuestra alma, contra sus éxitos envejecidos y sus esperanzas tan mal justificadas? Así es, Sres., la contraseña de la fé, en lo que tiene de mas militante, parte de la Francia; nuestros misioneros, nuestras hermanas de la caridad, nuestros hermanos de las escuelas cristianas la llevan has-

ta las estremidades del mundo, y cualquiera que ama á Jesucristo en la tierra pone la mano sobre nuestro corazon, para reconocer en él los latidos de la fé y dar gracias al Todopoderoso que nos hiere y nos cura.

Nada diré de la Alemania; ella es todavia, aunque con algunas modificaciones, el foco de la guerra contra Jesucristo. Allí es á donde nuestros incrédulos van á pedir las armas que el genio de la Francia les rehusa de dia en dia; mas la caída es grande, y el rayo que sale de las nubes del Rhin no está destinado á causar las mismas heridas, que las que ha de hacer esa doble lengua de Inglaterra y de Francia, cuya futura alianza predecia el gran Conde de Maistre hace ya mas de veinte y cinco años, en provecho de la Iglesia y de Jesucristo.

Pero no nos contentemos, Señores, con justificar por los hechos la disminucion progresiva de las fuerzas de la incredulidad; tratemos de descubrir sus causas, á fin de llegar á conclusiones que puedan abrazar tanto el porvenir como lo pasado.

Dios pues, testigo del ofuscamiento de las inteligencias, ha tomado por la mano tres soles y ha hecho que se levanten suavemente sobre el horizonte de la Iglesia: el sol de la historia, el sol de la ciencia y el sol de la libertad. La historia era mal conocida; grandes trabajos, auxiliados por grandes revoluciones sociales han puesto en claro sus sombríos misterios, y Jesucristo, calumniado en las obras de su Iglesia, ha recobrado en las realidades del mundo un lugar que se habia querido deshorrar. Mientras que la historia hablaba en su favor por los trabajos de los protestantes y de los incrédulos tanto como por los de los católicos, la ciencia le servia con no menos justicia y fidelidad. Escarbaba en las entrañas de la tierra y allí encontraba la primera página de Moises; descendia al fondo de los templos y de las néropolis del Egipto, y descubria los puntos de contacto de la historia egipcia con la historia del pueblo de Dios; lograba descifrar

la lengua de los geroglíficos, esos signos, llamados á la vida de su espresion, tributaban testimonio á la fecha no muy antigua de la creacion del mundo, comprometida por cálculos de Astronomía; examinaba ruinas é inscripciones, esas ruinas y esas inscripciones hablaban por nosotros: la naturaleza, interrogada en todos sentidos despedia por sus poros un sonido cristiano, como si hubiera sido seducida por Jesucristo.

La libertad nos prestaba tambien, en el uso que se hacia de ella, servicios distinguidos. Rompia en parte las cadenas con que la incredulidad habia oprimido á la Iglesia por la mano de los reyes, y daba lugar á Jesucristo para que volviese á tomar el cetro de una palabra debilitada largo tiempo por un respeto que ya no era merecido.

Mientras tanto, Señores, la incredulidad ha recibido un golpe mas terrible aun que todos estos. Por que las causas que acabo de enumerar no obran sino en los rangos elevados del mundo; no hieren el corazon del genero humano, y ese golpe del centro es necesario á toda grande accion. El centro del mundo, el corazon del genero humano es el pueblo. Era necesario pues que el pueblo tubiese un signo contra la incredulidad, y ese signo le ha sido dado, á fin de que nada falte á las causas de salvacion que Dios nos prepara. Qué signo por fin, ha tenido el pueblo? Qué signo? Señores! vedlo aquí: el alma y el cuerpo del pueblo nada han ganado con la incredulidad, y el pueblo lo ha conocido. El pueblo tenia un Dios en el cielo; cuando la tierra, tan ingrata para él, lo encorvaba demasiado bajo, se levantaba con las manos juntas, y apelando á Dios por su miseria presente, sentia su dignidad y experimentaba algun consuelo. El pueblo tenia un Dios, no solamente en el cielo, sino mas proximo á él, un Dios que se habia hecho hombre y pobre, que habia nacido en un pesebre, cuyo cuerpo se habia acostado sobre la paja y que habia sufrido en la vida mas que él. El pueblo tenia un Dios, no solamente en el cielo, no solamente en su carne y en su pobreza, sino que tenia un Dios sobre esa misma cruz que

lleva el pueblo, y cuando se miraba con los dos brazos estendidos en su suplicio, encontraba á su derecha á su Dios crucificado por él y haciéndole compañía. El pueblo tenia un Dios, no solamente en el cielo, no solamente en su carne y en su pobreza y en su propia cruz, sino que tenia un Dios vivo en la Iglesia para enseñarlo, defenderlo y consolarlo; tenia un Dios vivo en el sacerdote para recibir los secretos pesares de su corazon; tenia un Dios vivo en la hermana de la caridad para curar sus piernas cuando le rehusaban su servicio y para honrar su alma en las miserias de su cuerpo. El pueblo tenia un Dios en el cielo y sobre la tierra: vosotros le habeis quitado el Dios del cielo y no le habeis guardado el Dios de la tierra. Qué es lo que habeis puesto en su lugar? Qué otro Dios le habeis dado? Ah! yo me equivoque, le habeis dado por Dios la duda y por Diosa la negacion. Le habeis dicho: Puede ser. Y pareciendoos aun esto demasiado, habeis replicado con autoridad, habeis dicho: No! De qué puede quejarse? No tiene Dios, no tiene Cristo, no tiene Evangelio, no tiene Iglesia; pero le quedais vosotros, y con vosotros le quedan tambien los gusanos que lo han puesto en el mundo y que se comerán su cadáver. No es esto bastante para satisfacer un alma?

Puede ser que no pudiendo vosotros mismos soportar el espectáculo de esa implacable espoliacion ejecutada por vuestras manos, os volvais hácia el cuerpo del pueblo y le pondreis lo que os debe de bien estar en cambio de bien vivir. Ah! ya aguardaba yo esta indicacion. El cuerpo del pueblo! Escuchad el ruido de Manchester, de Birmingham, de Flandes, el grito no de la pobreza y de la miseria, estas son palabras y cosas anticuadas, sino el grito del pauperismo: es decir el grito de la angustia elevada al estado de sistema y de poder, y saliendo, por una maldicion inesperada, del desarrollo mismo de la riqueza! La economia política de la incredulidad ha sido arruinada por los hechos sobre todos los teatros de la industria y de la actividad humanas; ella forcejea contra

esos resultados tan terribles como imprevistos, mas es la hidra de Lerna entre los brazos de Hercules: el golpe que ha recibido es un golpe mortal, porque es la mano del pueblo la que se lo ha dado!

En una palabra, el alma y el cuerpo del pueblo nada han ganado con la incredulidad, y el dia de hoy, veinte del mes de Diciembre del año de 1846, en vísperas del nacimiento conmemorativo del hijo de Dios sobre la tierra, el pueblo lo sabe.

Pero si hasta ahora nada habeis hecho en favor del alma y del cuerpo del pueblo, lo hareis acaso en lo sucesivo? Establecereis por fin una doctrina que reemplace la doctrina de Jesucristo? Yo debo quitaros esta última esperanza, y aun, sin insistir sobre la inutilidad de vuestros esfuerzos anteriores, debo probaros que es imposible que fundeis una doctrina. En efecto, la incredulidad descansa sobre dos bases generales; he aquí la primera. El hombre no debe creer al hombre, porque todo hombre vale tanto como otro cualquiera y no hay cosa mas preciosa que la independencia del espíritu. Vuestra segunda base es la siguiente. El hombre no debe creer á Dios porque Dios no habla al hombre. Mas si el hombre no debe creer ni al hombre ni á Dios, á quién, en suma, debe creer? Vosotros respondeis. A sí mismo, y á sí mismo únicamente. Ahora bien, donde no se cree sino á sí mismo, no hay discípulos; donde no hay discípulos, no hay maestro; donde no hay maestro, no hay unidad; donde no hay unidad, no hay doctrina. Vosotros no fundareis pues una doctrina, aunque trabajéis mil años multiplicados por otros mil; y si salís de las bases de la incredulidad, al instante mismo volveis á caer en Jesucristo, único maestro posible de cualquiera que reconozca una autoridad, porque fuera de él nada hay que tenga fundamento.

Mas en fin, convengamos en que fundais una doctrina: no será bastante el que la fundeis para destronar á Jesucristo; será necesario que esa doctrina exceda en perfeccion á la de Jesucristo. Escuchad ahora lo que me ha sucedido. Hace tres meses que leia en beneficio vuestro, al hombre de este siglo

que parece haber tenido el honor de escribir contra Jesucristo con mas audacia, si no con mas habilidad, al doctor Strauss. Despues de haber devorado, con el sudor en la frente, cuatro grandes volúmenes con un fastidio trascendental, como dicen los alemanes, llegué por último al capitulo intitulado: *Conclusion*. Allí el doctor Strauss, partiendo de la idea de que Jesucristo ha sido arruinado para siempre, se pregunta á sí mismo, si no se presentará, sobre el teatro vacio de la humanidad algun hombre capaz de igualar y aun de descollar sobre Jesucristo? Fijada esta cuestion, una especie de justicia tardía y elocuente se apodera del escritor, y, en una página que he releído muchas veces, la única en que el alma se hace sentir, declara que no es probable que hombre alguno pueda nunca igualar á Jesucristo; pero que lo que sí es cierto absolutamente, es que jamas habrá quien sea capaz de sobrepujarlo.

Tal es el decreto del destino.

Resumiendo, Señores, observo en Jesucristo una triple perpetuidad; perpetuidad en la vida, perpetuidad en la irradiacion esclusiva de la vida, perpetuidad en la superioridad de la vida. Observo tambien en él un triple progreso; progreso en el estado territorial, progreso en el estado numérico, progreso en el estado moral. Jesucristo pues ha vencido al tiempo; ha vencido al grande enemigo, y viendolo en la altura de los siglos, en la serenidad de su imperturbable juventud, recuerdo lo que S. Pablo decia de él en otro sentido: *Jesucristo resucitado de entre los muertos ya no muere*. (1) Un dia bajó á la tumba; pero la humanidad por la cual murió, se ha inclinado hácia él, y levantándolo con un amor que no se ha podido extinguir lo tiene en sus dos manos resucitado. Mirad, Sres., mirad, mirad bien; él está vivo. Mirad todavia; él no muere nunca, es joven, es rey, es Dios. Ha vivido como Dios, se ha sobrevivido como Dios, mañana os demostraré que se ha preexistido como Dios. De manera que no faltará nada en ese triple acto de la vida, vivir, sobrevivir-

(1) Epístola á los Romanos, Cap. 6. ver. 9.

se, preexistirse, nada en él que no esté marcado con el sello de la divinidad, y que no me obligue á proclamar con la soberanía de la certidumbre aquellas otras palabras de S. Pablo: *Jesucristo existia ayer, existe hoy y existirá por los siglos de los siglos.* (1)

CONFERENCIA

CUADRAGESIMA PRIMERA.

DE LA PREEXISTENCIA

DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.— Vivir y sobrevivirse no es todo lo que constituye la vida, tomada esta palabra en su significacion mas estensa; el tercer acto de la vida, que es el primero en el orden del tiempo, es preexistirse. Todo ser, ecepto Dios, se preexiste en su germen; y el hombre en particular se preexiste en sus ascendientes. Ninguno se eleva en el mundo sin que su reinado haya sido preparado de antemano, y cuanto mas importante es el destino que la Providencia le proporciona, tanto mas importante es en sí misma la accion preparadora de sus progenitores. Jesucristo en cuanto hombre, debia pues preexistirse á la manera de los hombres, y como superior por su destino á todos los hombres, debia preexistirse en una forma eminente propia de él solo. A sí es que he observado ya desde un principio que él únicamente entre todos los grandes hombres, posee una genealogia auténtica que sube hasta el padre del género humano, y que es sin contestacion, el primer hidalgo del mundo.

(1) Epistola á los Hebreos, Cap. 13. ver. 8.

Es muy poca cosa, convengo en ello; por lo mismo su preexistencia no debe limitarse á esto.

Los antepasados, acabo de decirlo, son proporcionados á la posteridad. Cualquiera que no tenga antepasados, no tendrá posteridad, y esto os esplica la fragilidad de las doctrinas que veis aparecer y desaparecer incesantemente. Comienzan con el hombre que las anuncia, y comenzando con él, mueren con él tambien. Luego que un hombre sin antecedentes en su palabra, un hombre recién venido al mundo, se atreve á presentar á la humanidad doctrinas que él llama nuevas, esta palabra sola es la profecía de su impotencia y el signo de su condenacion. Porque si las doctrinas cuyo honor se atribuye tubieran importancia, le habrian inevitablemente preexistido, y cuando mas seria el renovador de ellas; decir que una cosa importante comienza en uno mismo, es tomar la nada por punto de partida, por horizonte y por fin.

Mas si los antepasados son proporcionados á la posteridad, se sigue de esto que Jesucristo ha debido preexistirse en los suyos con una incomparable grandeza. Y para hablar con precision, pues que Jesucristo ha tenido por posteridad la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos posteriores á él, ha debido tener por antepasados la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos anteriores á él. Siendo la Iglesia católica el fruto de su venida, es necesario descubrir antes de ella alguna cosa que prepare dignamente la Iglesia católica, y que contenga á Jesucristo entre un pasado y un por venir no iguales el uno al otro, pero si de tal modo equilibrados que lo que ha habido antes de él esté fuera de comparacion con todo, asi como lo que ha habido despues de él está fuera de comparacion con todo. El pueblo judio, Señores, llena estas condiciones. Él ha sido la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos que han precedido á Jesucristo, como la Iglesia católica es la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos modernos; y asi como Jesucristo es el alma de la Iglesia católica, donde se perpetúa

CAPILLA AAFONSIANA